

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL LAS REVOLUCIONES LENTAS

Desde muy antiguo la guerra ha sido tema del arte. En general, el arte se ha valido de ella para exaltar la grandeza de los reyes, el denuedo militar, o también el nacionalismo puntilloso e irracional que tantos choques bélicos ha tratado de justificar.

Por eso es singular en la historia del arte la súbita aparición de este cuadro silencioso, en el que la trompeta bélica calla y en el que el campo de batalla se convierte en espacio de una misa de réquiem sobre los restos mortales dispersos de las pobres víctimas del ardor militar. El cuadro fue pintado por el ruso Vasili Vereshaguin (1864-1904). Mi pregunta es ¿cómo pudo Veretchaguin captar ese otro lado, el lado atroz de la guerra?

Se identificó con las víctimas, parece explicativo pensar eso, en lugar de identificarse con los supuestos y discutibles héroes, se identificó con los desdichados y anónimos caídos, la llamada “carne de cañón”. Actuó como esos sorprendentes humanos que en las matanzas multitudinarias, en vez de sumarse a la orgía de crueldad, salvan perseguidos aun poniendo en riesgo sus vidas.

Este tipo de comportamiento iluminado, altruista, no es el habitual y es ciertamente extraño. Por eso no es

raro que haya llamado la atención de los estudiosos, que no logran acabar de comprenderlo.

Un antropólogo, Stanley Cohen, acuñó para denominarlo la expresión “instinctive extensivity”, extensividad instintiva, y consiste en que se haga extensivo el concepto familiar de humano desde uno mismo y los personajes más cercanos a nosotros, hasta un grupo más y más amplio, por ejemplo a todos los combatientes muertos en una batalla. El juicio sería “estas personas, los victimados en la batalla, son como yo, como mis hijos o mis hermanos o mis tíos o mis amigos mejor conocidos y más queridos”, pero no es propiamente un frío juicio, sino algo más complejo, que conlleva emociones, algo fuerte, tal podríamos caracterizarlo como un

brusco desborde de amor, de amor caritativo por esos desconocidos. Y de ahí, el repudio a la guerra.

Digo, pues que este hacer extensivo no sólo incluye, sino creo que podríamos pensar que consiste en una especie de amor caritativo, de amor al prójimo entrevisto hacia el que, con frecuencia, sólo se siente como desconfianza, y una suerte de indiferencia hostil.

La descripción antropológica parece ingenua cuando reconoce que la capacidad extensiva no puede ser explicada por antecedentes biográficos de ningún género. No, ni tampoco por relaciones causales. De hecho no creo que sea susceptible de ser explicada de modo alguno, no está en la zona de las cosas que pueden explicarse.

Porque no, no tiene nada de ins-



El caso de Vasili Vereshaguin (1864-1904).

tintiva, y sí mucho de regalo, de gracia. Por lo tanto es misterio, no enigma, sino algo por naturaleza misterioso.

Como sea, estimo que esta visión de la guerra de Vereshaguin es revolucionaria. No es que fuera él el primero en sentir piedad por las víctimas de la guerra. Antes de él estuvieron el grabador Callot, artista extraño, único en todo sentido, y sobre todo don Francisco de Goya y Lucientes, que en *Los Desastres de la Guerra*, aguafuertes sacados del natural durante la invasión napoleónica a España, levantó el testimonio más dramático y revelador sobre la atrocidad de la guerra.

Tres artistas por la paz contra una masa enorme de artistas glorificados de la guerra. Parece muy disparate, pero los tres pacifistas iban mejor encaminados que todos los demás, porque ahora, todavía en 2006, año de guerras, injustas como siempre, abusivas y mentirosas, ya prevalece, sin embargo, con cierta claridad la oposición a ellas.

Así que lo que fue en su origen una individual piedad caritativa, graciosa, es hoy el modo inmediato de comprensión de casi todo mundo. A eso llamamos “progreso moral” y tenemos que aceptar que este progreso sí existe claramente. Es, no diré lento, sino lentísimo, revolución lentísima, pero en cambio menos conflictiva, incierta y discutible que las otras revoluciones, las rápidas.

Permítaseme terminar enunciando una tesis de filosofía de la historia con un toque de hegelianismo teológico: detrás del enigma constante de las acciones humanas, la historia despliega muy lenta y vacilantemente sus revoluciones lentas y profundas, y estas revoluciones autorizan la posibilidad de una cada vez mayor percepción de lo humano por lo humano. Entretanto la prisa, a que nuestra condición humana, tan fugaz, nos predispone, nos hace ver confusión y desesperanza donde no hay eso, sino construcción lenta, lenta como el crecer de la hierba, pero más firme que las habituales veleidades de los humanos. —

— HUGO HIRIART

AIRES DE FAMILIA ZÁRRAGA Y YO

Para A.P.A.

Estudiosos solventes en asuntos de arte han dedicado páginas de relieve a la obra de Ángel Zárraga. Hacen insulso un ensayo que yo sería incapaz de hacer, aun si lo deseara. Comentaré en cambio una percepción que me abruma de pronto: con ningún artista he tenido trato tan antiguo ni constante como con Zárraga. Esto obedece tanto al destino como al accidente. El destino, porque la madre de Zárraga, Guadalupe, fue hermana de mi bisabuelo Pedro Argüelles, que fuera poeta, profesor de clásicos en la preparatoria de San Ildefonso y decano de la Universidad Nacional. El pintor y yo pendemos pues de un árbol genealógico que crece junto al mismo charco desoxirribonucleico.

Muy niño escuchaba a mi abuela y a sus prolijas hermanas contar historias cuyo héroe era el artista. La que más me asombraba era la que lo ubicaba en París, donde pintaba febrilmente el rostro de la Virgen María mientras unas canallas bombas nazis explotaban a su alrededor. Más tarde, como a los diez años, se me llevaba de visita a la casa del tío Paco Zárraga en Guadalajara, un hombre afable, despiadadamente calvo, tan atildado como su hermano y con el mismo bigotín esculpido. Había obra de Zárraga en todos los muros: cientos de dibujos, estudios y bocetos a la acuarela o al lápiz carbón o sepia. Era como el taller de Zárraga, pero dispuesto verticalmente. Mis preferidos eran aquellos que mostraban, preciosamente dibujados, delicados estudios de anatomía femenina que turbaban mi alma, seducían mis ojos y multiplicaban mi admiración por aquel Ángel misterioso. Ante esos cuadros tuve —estoy convencido— mi primera experiencia estética, sólo similar entonces al deleite que me proveía el canto de música sacra en el coro de mi escuela. Y es que no se trataba ya de mirar nada más las imperativas ilustraciones en los libros familiares,



El artista y su "Exvoto (martirio de San Sebastián)".

ni de la convivencia rutinaria con los cuadros que había en las casas de la parentela. Ante los muros de la casa Zárraga, y su vértigo de rostros, pieles y cuerpos, presentí por primera vez que la belleza no sucede porque sí, sino que se labora y elabora con escrupulo; que concilia una disciplina de segundero para encender el talento, y un eterno deseo de perfección.

En Monterrey, en el umbral de la adolescencia, me halagó reencontrar al tío Ángel en la Catedral. Su ábside, decorado con sus fastuosos murales a la encáustica, era un respiro anímico y climático, un asidero a la tradición en una ciudad que la había suplantado por la acción industrial y comercial. La catedral era la más valiosa y relevante prenda de esa ciudad remisa al arte. ¡Cómo me gustaba, escabullendo la vigilancia de un sacristán gotoso, llegar bajo el cenit de ese cielo bermellón

y cerúleo, y mirar hacia ese cielo accesible, donde un concierto de ángeles y ángeles pregonan las bienaventuranzas en sus airosas filacterias!

Pasaron los años. En la Universidad me interesé en la poesía de la primera mitad del siglo XX mexicano. Comencé a aficionarme a las artes plásticas de ese periodo (confieso de una vez, no sin pudor, mi limitante: las artes plásticas me apasionaban sólo si *bablaban* con la poesía). La lectura de mis poetas se ampliaba con ceremoniosas visitas a los museos en busca de correspondencias imaginativas y temáticas, digamos, entre la poesía de José Juan Tablada y las pinturas de Antonio Fabrés o los grabados de Julio Ruelas; o entre la de López Velarde y Saturnino Herrán. En el Museo Nacional de Arte, la aparición súbita del “Exvoto (martirio de San Sebastián)” puso de nuevo en mi memoria a aquel tío real e imaginario que agregaba a su arte el talento para dialogar con López Velarde o Pellicer. ¡Qué rara imagen era! Sobre el azul femenino de un cielo vertical se despliegan el hermoso cuerpo del mártir luminoso, flamante árbol de carne, herido por el venablo de una rama, y el rostro extático de su muerte serena. Mas ese impalpable ángel de trementina, con su rostro *post coitum*, ¿estaba ahí, o era la fantasía de la divina enlutada de rodillas a su lado, con su nuca inacabable y sus manos recoletas?

Por esos mismos días descubrí en la revista *Contemporáneos* que Zárraga era también poeta. No gran cosa, pero tampoco desdeñables, los versos eran títulos imposibles para algunos de sus cuadros. Coincidían con el catolicismo modernista que pudo contagiarle su amigo Guillaume Apollinaire, cuyo célebre “Zone” (“*Seul en Europe tu n’es pas antique, ô Christianisme*”) causaba estragos entre sus imitadores. Los de Zárraga se titulaban “Oda a la Virgen de Guadalupe” y sospecho que fue Pellicer –otro devoto de San Sorolla y Saint Puvis de Chavanne– quien los recomendó a la revista:

... Qué me importan, a la vuelta
/ del viaje polar,

los osos muertos, ni los
/ desvencijados trineos.
Qué me importan, al volver
del circo,
los trapecios, los coloretos
y los afeites;
la torre Eiffel y el puente
de Brooklyn señalan
como esqueletos de las cosas muertas
mi ruta difunta.

Había una estrofa que, a mi manera de ver, condensaba lo que podríamos considerar el estilo de Zárraga y hasta su estética:

... Ser sólo
una magnífica arquitectura
de huesos única,
una agencia perfecta de músculos
y de nervios única,
y en ella, como la paloma refulgente,
el espíritu cegado en la luz.

Quizás a lo que aspiraba era a pintar esa *agencia perfecta* en los cuerpos y rostros que pueblan la república etérea de su arte. La *paloma refulgente* y el *espíritu cegado* suelen, en efecto, brillar sobre sus personajes en la *magnífica arquitectura* de su cuidadosísimo trazo, de especial manera en el arte religioso y alegórico de sus murales.

Ese fulgor revelado se me apareció de nuevo en París, donde viví unos años al servicio de la Patria, con una responsabilidad que incluía acudir con frecuencia a la Legación Mexicana. En el salón, mientras cumplía con deberes más o menos enyesados, solía sentarme frente a “Amaos los unos a los otros”, uno de los “murales portátiles” con que Zárraga decoró ese edificio (tan portátiles que, tengo entendido, se han mudado recientemente a México). Puede ser el cuadro que más he visto en mi vida. Me basta una leve taumaturgia de memoria y lo veo con intenso detalle. Rodeado de rígidas charlas protocolarias, me perdía en esa pintura suculenta: un gineceo de muchachas celestiales se entretejen en una delicada ronda, con algo de esas coreografías *art déco* que había puesto de moda Isadora Duncan. Dos

muchachas sostenían una filacteria con el título del cuadro. El colorido, mate y apastelado, es fastuoso en contrastes y armonías. La figura central, bañada de amarillo, mezcla de diosa y *flapper*, la única cuyo halo destella, posee uno de los rostros más dulces y acogedores que he visto jamás. Había europeas e hindúes, negras y americanas, orientales y eslavas, con sus bracitos neumáticos y sus pies desnudos; algunas con peinado “bob”, otras con *bandós*; todas en silencio, con sus cejas de golondrina, inmersas en una diáfana piscina bajo los halos bienhechores del amor.

Era muy extraño, en el mismo cuadro, que México apareciera de forma tan reticente. Una cabeza de obsidiana apenas asoma su cara cuadrada y hurañada entre los óvalos traslúcidos de los rostros. ¡Qué rara cosa que un Estado revolucionario decorase tan principal embajada con un arte tan escasamente idiosincrático! ¡Que una tierra tan viril, laica y patriótera, popular e indigenista, como el México de la década de los treinta, consagrara un himno a la conciliación universal! El irónico mensaje –cultural y diplomático– se reducía a una muchacha que, con sus trenzas de tabaco anudadas a la espalda, se incorporaba (tarde) al concierto de esas naciones femeninas, dando la espalda, como si, mirándolo, de repente hubiera dejado su sitio entre los espectadores para colarse a la danza.

Y es que Zárraga es un ángel en la capilla lateral de la cultura mexicana, la capilla sombría, lejos y de espaldas de los grandes altares donde ejércitos de devotos adoran iconos estrepitosos. Nunca fue el suyo uno de esos prestigios averiados por las cargas de la leyenda o la devoción. Eligió una vertiente discreta y callada, clásica y tradicional, decisión muy encomiable en un tiempo propenso a la alharaca.

En París, Zárraga se me aparecía en todas partes. En el museo Pompidou, un asombroso paisaje cézaniano y unos pasmosamente interesantes retortijones cubistas; en La Coupole una columna que pudo pintar él luego de alguna correría con sus amigos –Picasso, Reverdy,

Apollinaire—, cuando en los veintes se pagaban cuentas con pinceles; la tarde aquella en que una funcionaria de la *Cité Universitaire* me tramitó un permiso para ingresar a la que había sido la *Chapelle des étudiants*, donde Zárraga pintó (¡mientras caían las bombas!) una magnífica pasión de Cristo en varios paneles, hoy invisible por líos burocráticos; y esa expedición lluviosa e inútil al castillo de Vert Cœur, en un pueblito cerca de Versailles, en cuya sala Zárraga pintó unos murales para un amigo de nombre sonoramente Phillipon (bajo esos frescos, desde 1950, revolotean parvadas de ángeles Down, pues una hija del general De Gaulle adquirió el inmueble para instalar ahí una escuela especializada). Y en el aparador de una librería de lujosos usados por el Odéon, donde vi un inaccesible ejemplar de *Profond Aujourd'hui* (1917) de Blaise Cendrars, con portada y dibujos de Zárraga...

■
¡Zárraga, querido Ángel Zárraga, antepasado impuntual, cuánto me habría gustado conocerte! Nos habríamos bebido un café en el Rostand. Te habría mirado pintar en tu *atelier* del boulevard Arago, o en tus andamios de Monterrey. Y habríamos hablado, quizá, de los ángeles que descienden a los puertos en la noche, o de las bombas... Y me habrías hablado de tu amistad con Rubén Darío, Valle-Inclán, D'Ors, Cendrars... Y seguramente habría entendido por qué Picasso dijo que tú eras "Un caballero. *Un bonhôte homme*", lo que nunca fue él, monstruo argos de mirar.

En fin. Deseo que te encuentres bien. Que vagues por un cielo discordante, donde tú y Apollinaire hagan poemas sobre búhos, aviones y constelaciones; donde los ángeles esperen turno para que los retrates; donde San Sebastián se unte unas pomadas cicatrizantes que le acerca Mishima, y donde al niño Jesús lo arrullen en los muslos las mujeres futbolistas, hasta que se quede bien dormido. —

— GUILLERMO SHERIDAN

Texto escrito para el catálogo de la exposición "Ángel Zárraga" en el Museo Zárraga de Durango.



Hugo Chávez en plena furia nacionalizadora.

VENEZUELA LA PENÚLTIMA SEMANA DE NUESTRAS VIDAS

Muchos venezolanos no han advertido que podrían parafrasear a Chesterton: "No sólo estamos todos en el mismo barco, sino que estamos todos mareados." No es para menos. En el enero menos aburrido y más frío de la historia reciente de Venezuela, la emoción que suele despertar la llegada de los Reyes Magos se desvaneció con la temperatura de las palabras de Hugo Chávez, tanto en el acto de juramentación de los nuevos ministros de su gabinete, como en la toma de posesión de su período presidencial, el tercero en ocho años, que se extenderá hasta el 2013.

En ambos discursos, marcados por el culto a la personalidad y la adulación al gran líder por los invitados, el Presidente dejó de lado los ambages y la retórica de la transición y castigó el acelerador con furia. La palabra *socialismo* dejó de ser una amenaza para convertirse en una condena sobre una sociedad

que, desde la perspectiva de un líder megalómano, merece un castigo divino por las faltas cometidas.

Sus manos y sus gestos revelaban el nerviosismo de un hombre que sabe que esa semana atravesó una línea de la que pareciera muy difícil regresar. Decretó las nacionalizaciones de la empresa telefónica y de la eléctrica, y de los convenios de la Faja Petrolífera del Orinoco con empresas transnacionales. Y cultivó otra vez un deporte que hasta la fecha no le ha reportado dividendos negativos: llamó al secretario general de la Organización de Estados Americanos "insulso", "pendejo" y "virrey del imperio". Un poco de circo nunca está de más. Se refirió agresivamente a Radio Caracas Televisión (Canal 2): no habló de revocar la concesión sino de "nacionalizar la empresa" en mayo próximo, con lo cual no sólo quitaría del medio a los propietarios actuales de la planta, sino que estaría sumando otro medio estatal a los seis que ya controla el Ejecutivo nacional: Venezolana de Televisión, ANTV, Radio Nacional de Venezuela, YVKE Mundial, Vive TV y Telesur. Empresas todas que han demostrado ser absolutamente ineficientes para el servicio público y altamente desenfadadas a la hora de promocionar al Presidente.

Cabe agregar que en esta semana aciaga Venezuela recibió la visita de miembros del Comité de Protección de Periodistas —estadounidense— y del Instituto Prensa y Sociedad —peruano—, dos ONG que defienden la libertad de expresión. Interesados en entender todos los puntos de vista sobre el polémico caso de Radio Caracas Televisión, se fueron sin acceder al expediente de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones en donde se exponen los argumentos del gobierno para nacionalizar este canal, que ya cuenta con 53 años.

No cabe duda que la segunda semana de enero fue agitada. La redacción del documento para solicitar la nueva Ley Habilitante —todos los poderes para el Presidente— culminó la noche del viernes 12 de enero, y el sábado

Hugo Chávez presentó su discurso a la nación y un balance de la gestión del año 2006. También en el segundo Consejo de Ministros se aprobó la solicitud de poderes especiales, uno de los “cinco motores constituyentes” con los que el Presidente profundizará la revolución bolivariana. Los otros son: la modificación constitucional, la educación socialista, el reajuste territorial y el Estado comunal. En la línea del quinto motor, Chávez felicitó la creación de 18,238 consejos comunales, para consolidar el Poder Comunal.

Todos estos gestos autoritarios, esta necesidad de solicitar poderes especiales para hacer lo que le viene en gana con el país, esta intolerancia con la diferencia, esta desmesura de sentirse “guapo y apoyado” para arrasar con una sociedad con conceptos que hasta la fecha lucen vacíos cuando salen de la boca del Presidente, ha tenido como espejo a otros voceros del gobierno que han rematado una semana que no olvidaremos fácilmente.

El jueves 11 de enero el ministro de Telecomunicaciones, Jesse Chacón, ofreció una rueda de prensa que, por razones inexplicables, los medios de comunicación venezolanos apenas reseñaron. ¿Miedo? ¿Desidia? Habría que ver. Lo cierto es que Chacón confesó que el gobierno considera estratégicas las telecomunicaciones y por eso las eleva a rango ministerial.

Este nuevo ministerio tendrá bajo su responsabilidad todo lo relativo a telecomunicaciones, informática, servicios postales, y se traduce en el control del proyecto Satélite Simón Bolívar, la administración de dominios de internet, el Centro Nacional de Tecnologías de la Información y la Superintendencia de Servicios de Certificación Electrónica. De aquí a la intervención de internet y los correos personales de los ciudadanos apenas cabe un paso.

Toda semana tiene su corolario. La que ha traumatizado la vida de los venezolanos culminó en un domingo, el 14 de enero, en el que el ex militar, ex senador y el ex vicescanciller William

Izarra explicó ante el país, con láminas en *power point*, los fundamentos de lo que el Presidente venezolano llama el socialismo del siglo XXI. “Es un sistema político, económico y social de fundamentación humanista basado en el bien común, la producción social y la participación directa del colectivo sin intermediación con respecto a las decisiones que involucren el destino y la prosperidad de la nación. No es comunismo. Es un concepto inédito y propio de las raíces venezolanas, de nuestros libertadores, que busca la emancipación del pueblo”, confesó Izarra, en una entrevista que ofreció al periódico *El Universal*.

Este político del chavismo duro, que ha impartido más de seiscientos talleres por todo el país explicando la revolución venezolana, piensa que la televisión no transmite valores consonantes con el proceso revolucionario: el estímulo del juego, la lotería, las bebidas alcohólicas van contra la ética moral revolucionaria. “Hay personas que salen de la sala donde damos las conferencias convencidas de lo que decimos, pero se impregnan otra vez de la realidad que es otra vez la televisión, el carrito por puesto, la rutina de ir al colegio, de lavar la ropa y esa rutina es contrarrevolucionaria. [...] Hay alienación [...] incluso los caballos [las carreras de] aunque sea una industria que permita programas sociales, es alienación. A mi juicio, el beisbol profesional es alienación.”

Si una semana basta para entender el mundo, nadie podrá dudar que Venezuela extravió sus pasos en la peor de las pesadillas. Una que se nutre de fracasos históricos descomunales y sanguinarios, de confusiones y lecturas literales y mal asimiladas, de resentimientos poderosos, de atavismos que nunca fueron elaborados, de primitivismos que se encontraban simulados en una ilusión de modernidad que la segunda semana de enero del 2007 por fin —y quizás ya irreversiblemente— ha hecho volar por los aires en mil pedazos. —

— SERGIO DAHBAR



Embustida contra el narcotráfico.

OPERATIVOS EN BUSCA DE LA VIDA CIUDADANA

A un par de semanas de iniciado el sexenio de Felipe Calderón, el gobierno federal anunció un operativo en el estado de Michoacán contra el crimen organizado, que después se reproduciría en otras entidades de la República. Frente a estas acciones del gobierno federal, se han presentado dos tipos de reacciones. Por un lado están quienes alaban sin cortapisas estos operativos y que augu-

ran ya una derrota del narco. Los que eso dicen creen que esta guerra se puede ganar, aunque nunca acaban de definir bien a bien qué significa eso. Por otro lado están quienes desconfían profundamente del gobierno de Calderón, que ven en los operativos pura propaganda con fines electoreros y que están convencidos que la guerra contra el narco está perdida de antemano. Este grupo de personas piensa que la situación no sólo no va a mejorar con los despliegues policiacomilitares, sino que incluso es muy probable que aumenten las violaciones a los derechos humanos. Desde luego que un elemento clave para poder hacer una evaluación precisa de estos esfuerzos del gobierno es la definición de sus objetivos.

Hay quienes suponen que la meta final de estas acciones es acabar con el narcotráfico, lo cual para muchos significaría que en este país no se produzca ni circule un gramo de droga ilícita. Sin embargo, la verdad es que todas los indicios disponibles sugieren que este objetivo es imposible. No hay ningún país del mundo que lo haya logrado y, después de cien años de vigencia del régimen punitivo contra las drogas, no se ve cómo un despliegue militar pueda acabar con el tráfico de drogas ilícitas. Pero a pesar de la imposibilidad de acabar con el narco, no se puede deducir que los operativos desarrollados por Calderón en Michoacán y otros estados sean inútiles. En realidad buscan básicamente definir las reglas del juego con los narcotraficantes. Esto es, definir qué se vale y qué no se vale. Y claramente, en esta definición lo que no se vale es el grado y el tipo de violencia que hemos presenciado en los últimos dos años en varios estados de la República, donde se ha registrado un aumento en las ejecuciones del crimen organizado y una saña peor, como lo sugieren las decapitaciones que han proliferado en Michoacán. En otras palabras, lo que buscan los operativos, como dijera el propio secretario de la Defensa, Guillermo Galván Galván, al referirse a la “Operación Conjunta Michoacán”, es “proporcionar niveles de seguridad

que hagan viable la vida ciudadana”.

La meta no es acabar con el negocio del narcotráfico, lo cual, a pesar de representar algo muy loable, es simplemente imposible. Se busca sólo que haya un mínimo de orden, un mínimo sentido de aplicación de la ley. Se trata de que la gente pueda salir a la calle a hacer sus actividades normales sin encontrarse súbitamente en medio de una balacera o toparse en el camino con un cuerpo decapitado. Se trata de que los empresarios hagan negocio sin sentirse amenazados. Se trata, en suma, de que México no parezca un país en guerra civil, donde la violencia alcanza rasgos inaceptables.

Desde esta perspectiva, es probable que los operativos lanzados por el gobierno de Calderón tengan éxito. Finalmente, lo que se busca es reducir los niveles de violencia —entre los propios narcos— al punto en que éstos no afecten la vida cotidiana de la población. Desde luego que siempre se puede preguntar cuáles son esos niveles. Y la verdad es que no hay una respuesta precisa. Suponer que la violencia derivada del narcotráfico va a desaparecer totalmente es también una ilusión. Dado el carácter ilegal que tiene esta actividad, la violencia es consustancial a ella. Un traficante de drogas ilícitas no puede demandar ante un tribunal a otro traficante por haber invadido sus rutas. Tampoco puede acudir ante un juez para reclamar el pago de un cargamento de cocaína. Lamentablemente para la sociedad, el único mecanismo que tienen los narcos para ajustar sus diferencias con autoridades, clientes y competidores es la violencia. De esta forma, siempre habrá un grado de violencia en la operación del negocio.

Sin embargo, está claro que lo que hemos visto en los últimos dos años es un incremento de la brutalidad que no responde al manejo regular del narcotráfico, sino a una guerra entre cárteles que ha venido escalando. Y ése es el mensaje que mandan los operativos de inicio de sexenio. Mensaje que muy probablemente será recibido. Por ello, aunque los operativos se terminen, es

factible esperar que los niveles de violencia que hemos visto en los últimos dos años no regresen. Si ello ocurre, el Estado mexicano volverá a atacar con todas sus fuerzas, porque simplemente no va a tolerar más decapitados.

Así pues, como resultado de estas acciones contra el crimen organizado, es probable que varios estados recuperen la tranquilidad necesaria para que la población pueda realizar sus actividades cotidianas. Ello no significa, desde luego, el fin del narcotráfico, pero sí implica una diferencia sustancial en la vida de los mexicanos. Y la verdad es que ése no es un logro menor. —

— JORGE CHABAT

DESCUBRIMIENTOS

LA MADRE DE TODAS LAS CÉLULAS

Si la búsqueda de la fuente de la eterna juventud sostuvo al gremio de los juglares y a la industria de la alquimia en tiempos medievales, hoy en día son la prensa y la industria clínica las que persiguen su propio grial: la fuente de las células troncales.

Nadie dice que estas células escondan el secreto de la inmortalidad, desde luego, pero sí un arsenal de terapias potenciales para al menos plantarle cara a una serie de enfermedades y síndromes que tienen a la medicina moderna en estado de frustración crónica. Por ejemplo, los males de Alzheimer y Parkinson son condiciones degenerativas, progresivas y sin cura, que degradan continuamente funciones esenciales sin las cuales la vida termina por no parecer digna. Las lesiones cerebrales suelen ser igualmente intolerables, como lo son muchos casos de enfermedades cardiovasculares. La diabetes es una bomba de tiempo en cámara lenta.

Es frecuente que los medios, cuando reportan sobre células troncales, mencionen esta lista de fastidiosos como las metas más apetitosas de las terapias potenciales. Y lo son, en efecto, porque a

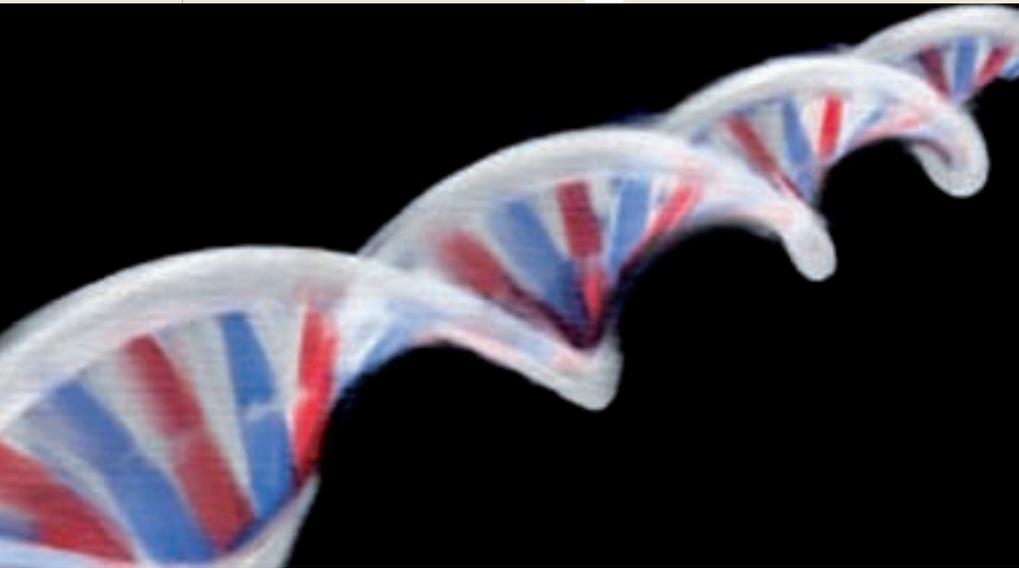


Imagen del código genético humano, presente en las células del líquido amniótico.

pesar de las diferencias obvias, en todos estos casos hay un elemento común: la pérdida de células especializadas, o su funcionamiento deficiente.

Lo maravilloso de las células troncales como posibles herramientas terapéuticas reside precisamente en que poseen la sorprendente habilidad de convertirse en cualquier tipo de célula especializada. Su propio nombre sigue una analogía de jardinero que pone de relieve la idea de que del conjunto de las células troncales de que se compone inicialmente el embrión se desprenden, como ramas de un tronco, las células diferenciadas con que se forman los tejidos y órganos con funciones muy específicas: corazón, ojos, piel, pelo, neuronas. En la muerte o mal funcionamiento de un número significativo de estas células diferenciadas suele estar el origen de muchos de los peores males, y por eso mismo se piensa que una fuente abundante y confiable de células troncales podría, en principio, dar la materia necesaria para suplir las células diferenciadas ausentes o deficientes.

Y quienes prefieren utilizar el término de células “madre” en vez de “troncales” no necesariamente se equivocan porque, aun sin proponérselo, le atinan a un problema tristemente inseparable de esta quimera: la producción de célu-

las “madre” ha resultado ser la madre de todas las controversias morales.

Ocurre que las células troncales no se dan en maceta, y aunque recientemente se han detectado en regiones especializadas —como en el cerebro, por ejemplo—, no están disponibles ni en la cantidad ni con la calidad óptima para los tratamientos con los que medio mundo sueña. En cambio, abundan en los embriones en desarrollo temprano, lo cual es perfectamente lógico porque ahí se especializan las células que forman el ser humano resultante. En consecuencia, mientras media humanidad apoya la idea de perfeccionar técnicas de aislamiento y cultivo de estas células troncales embrionarias, la otra media protesta, indignada, por lo que perciben como la destrucción de seres humanos “en potencia”.

Fue en este contexto en el que un grupo de investigadores de la Universidad Wake Forest, en Estados Unidos, se echó un clavado en lo que bien podría ser la fuente confiable —y libre de objeciones!— que todo mundo buscaba: el fluido amniótico.

Como suele suceder con la solución de ciertos acertijos, que parece obvia cuando se conoce pero que antes resultaba inimaginable, la idea de cosechar células troncales en el fluido amnióti-

co tiene una lógica tan transparente, que cuesta entender en qué pantano andábamos atascados que a nadie se le ocurrió antes.

Los embriones humanos se desarrollan en el interior de una especie de bolsa con doble membrana: el corion por afuera, y el amnios, en cuyo interior crece el embrión, flotando en un líquido que amortigua el impacto y lo nutre. Ahora bien, ese crecimiento ocurre a partir de ¡células troncales! Y como ningún proceso es absolutamente eficiente, no debería sorprender que hubiera células troncales en el fluido amniótico en que flotan esos rehilletes de diferenciación celular que llamamos embriones en desarrollo. “Por décadas se ha sabido que la placenta y el fluido amniótico contienen varios tipos de células progenitoras derivadas del embrión en desarrollo”, explicó en un comunicado de prensa Anthony Atala, autor principal del hallazgo. “Nos planteamos la pregunta de si sería posible capturar verdaderas células troncales de entre esta población de células”. El relato de Atala es engañosamente simple, porque la preguntita se la formularon hace siete años, tiempo que les tomó juntar las pruebas para poder completar la siguiente línea del boletín: “La respuesta es que sí.”

El artículo en el que describen su hallazgo, publicado en el número de enero de la revista *Nature Biotechnology*, es muy poco amable con el estilo literario, pero muy rico en detalles importantes: “Aproximadamente el uno por ciento de las células en cultivos de amniocentesis humana obtenidos de especímenes de diagnóstico genético prenatal expresan el antígeno de superficie c-Kit, receptor del factor de células troncales”, se lee en uno de sus primeros párrafos.

Ahí, enterrada en una maldición incomprensible de latinajos, está la palabra con mayor trascendencia social de esta noticia: amniocentesis. Se trata de una prueba relativamente rutinaria de diagnóstico prenatal, en la cual se extrae una muestra de fluido amniótico para analizar su composición en busca

de rastros que alerten contra posibles problemas del embarazo o defectos genéticos. Es decir que es un procedimiento ya plenamente regulado y exento de objeciones médicas, éticas o morales.

Los siete años transcurridos entre “nos preguntamos” y “la respuesta es sí” fueron necesarios para atender a tres cuestiones nada menores: ¿Cómo saben que son células troncales? ¿Cómo saben que son de las “verdaderas”, con la capacidad de generar las células y tejidos especializados indispensables para las terapias potenciales? ¿Y cómo saben que, una vez injertadas en el cuerpo y arrancado el proceso de especialización, no se convertirán en algo indeseable, como un tumor canceroso, por ejemplo?

Dado que el origen de las células es el aspecto más novedoso de este hallazgo, acaso valga preguntarse, aunque suene redundante, si todas las células troncales humanas son igualmente células troncales humanas, independientemente de su origen o técnica de cosecha. “La respuesta directa es que sí”, dijo el Dr. Horacio Merchant, del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM. “Todas poseen la misma información genética. Sin embargo, su potencialidad para diferenciarse en neuronas, endotelio, músculo, difiere según su origen y el tiempo en que son cultivadas en el laboratorio.”

Ésta es una de las razones por las cuales hacen falta más investigaciones sobre células troncales amnióticas. La otra tiene que ver con algún potencial dañino que no hayan manifestado aún. “No estoy seguro de que las pruebas realizadas sean suficientes para descartar totalmente que sean carcionogénicas, pero sí lo sugieren”, advirtió el Dr. Rubén Lisker, investigador del Instituto Nacional de Ciencias Médicas. Y luego, como Presidente del Colegio de Bioética, soltó una célula de optimismo: “Me parece que las objeciones ético-religiosas a este tipo de células tal vez desaparecen, lo que es una gran noticia”. —

— JAVIER CRÚZ

EVOCACIÓN

DECADENCIA Y CAÍDA DEL CLUB GUADALAJARA

El Club Deportivo Guadalajara ha muerto en lo más alto y lo están demoliendo mientras escribo esta evocación. La directiva de las campeonísimas Chivas ha vendido sus instalaciones principales, en la calle Colomos, a una constructora que levantará sobre sus ruinas apisonadas un edificote y un *shopping mall* que ya desde ahora se antojan espantosos.

La prensa nacional ha prestado gran atención a la venta del portero del equipo, Oswaldo Sánchez, y apenas ha reparado en que las Chivas también vendieron su casa; que eligieron lucrar con el valor catastral del inmueble (ubicado en una de las zonas más ostentosas de la ciudad, justo a la salida de un novísimo nodo vial que se inunda apenas chispea) por sobre la posibilidad de preservar su valor sentimental, que es inagotable.

Inagotable no sólo por los campeonatos que se ganaron durante la vida del club, en fútbol y decenas de disciplinas más —que alcanzaron incluso al ignoto *cachibol*—, sino por la memoria del lugar en sí: un club barato y feo pero donde el peculiar *glamour* chiva impregnaba todo, desde la sala de trofeos más grande de la cultura mexicana hasta el puesto de *salchipulpos* que los socios devoraban a grandes bocados —el *salchipulpo* es una fritura endémica del Occidente del país que consiste en una salchicha tajada de modo que se le formen tentáculos del centro hacia abajo, y frita en manteca de puerco hasta que adquiere la textura del papel roca.

Imposible olvidar, por ejemplo, que el piso de la alberca estuvo, durante años, formado por minúsculos mosaicos de color azul verdoso, tan mal colocados que cortaban a los incautos que osaran hacer pie. Tres generaciones de niños chivas nos cortamos la planta de los pies en esa alberca y entregamos allí nuestra cuota de sangre para las

inmortales rayas rojas de la camiseta del equipo.

Tampoco es de fácil olvido el vapor del club, con costras de mugre invencible entre los mosaicos, en que alcoholizados chivas de la tercera edad solían pasearse encuerados (los sexos colgándose como charamuscas, diría Ibarguengoitia) para asco general. También era fama que, en los *lockers*, solían aparecer tarjetitas ofreciendo masajes a los socios con los datos, reales o apócrifos, de algunas socias anotados al dorso. Periódicamente se prohibía el consumo de alcohol en los baños; periódicamente reaparecía, triunfal.

La cancha principal del club fue bautizada con el sonoro nombre de Anacleto Macías *Tolán* en honor al masajista del equipo, arquetipo platónico del empleado comprometido. Había una tribuna de acceso libre y otra, muy menor, sólo para socios. Si el partido de la semana anterior se había perdido, los jugadores repartían autógrafos sólo entre los socios después del entrenamiento —alguien me dirá que no siempre fue así, pero al menos eso es lo que recuerdo.



Las instalaciones nunca fueron de primera. Había salitre en los muros y las delimitaciones de los frontones, por ejemplo, sólo eran visibles para campeones experimentadísimos como José *Veneno* Becerra, quien durante los años sesenta no perdió un solo partido de frontenis (la conseja popular asegura-

ba que, como el Veneno practicaba en un muro tan lleno de quiebros, en un lisito resultaba incontenible).

La tienda oficial del club también estaba llena de objetos codiciables para un experto en arte *kitsch*: relojes de madera con el escudo del club tallado, alcancías de barro con la forma de una chiva, camisetas con robustas cabras de luenga barba ahorcando a anoréxicas águilas del América o minúsculos conejos cruzazulinos.

Cuando el empresario Jorge Vergara compró el club hace cuatro años, hizo promesas. Muchas. Prometió un estadio nuevo (del que ya hay planos y palcos vendidos, pero nada más), prometió mejorar la calidad de las guasanas que se vendían en el estadio (*issue* particularmente asombroso) y dignificar al club. Luego se aplicó a comercializar a las Chivas a la usanza del siglo XXI: las alcancías de barro fueron sustituidas por atildadas cabras de peluche. Las camisetas con la chiva hercúlea estrangulando pajarracos desaparecieron y fueron cambiadas por estéticas *reebook* de quinientos pesos. En el club se prohibieron el alcohol y los *salchipulpos*. Al final sólo se expendía comida saludable y *chivacola*. La mugre, al menos, no se fue. Sólo le pintaron encima.

A nadie le extrañó, al final, que el club fuera vendido. Con una suerte diabólica, Vergara lo hizo justo antes de que el equipo fuera campeón y se ahorró las previsibles protestas masivas, dejando el coraje sólo a los socios aferrados a la vieja mugre. Ni hablar. Habrá que buscarle una mejor casa a los trofeos. —

— ANTONIO ORTUÑO

TECNOLOGÍAS

WORLD OF WARCRAFT, VIDA VIRTUAL

A mediados del otoño se dio a conocer la noticia de que *World of Warcraft* (o por las siglas *wow*, como lo conocen sus usuarios) tiene más de siete millones



Secuencia de *World of Warcraft*.

de suscriptores en el mundo, lo que lo convierte en el juego más popular para computadora de su especie. Siete millones de suscriptores: dos veces los habitantes de Guadalajara, casi toda Suecia, la mitad de Nueva York. ¿Qué tiene a tanta gente enajenada? Se compra el juego, se instala, se da de alta una cuenta —en la que se paga mensualmente la renta del servidor—, se selecciona un avatar (puede ser un gnomo, un duende, un orco) y después se le da una profesión: druida, mago, guerrero, hechicero. Luego hay que entrar al mundo, en donde lo único que hay que hacer es cumplir misiones, subir de niveles y afanarse por encontrar, junto con la ayuda de otros seres humanos que también se niegan a dar su verdadero nombre, el mejor armamento posible. Nada nuevo hasta ahí. Pero hay más: no es un juego diseñado para ganarlo, sino para habitar en él. Entrar pensando que algún día se va a ganar es inútil: hay que entrar al mundo de *Warcraft* como a una realidad alterna, dispuesta para transformarse en una segunda vida. Solamente para llegar al nivel sesenta —que hasta ahora es lo máximo alcanzable— se necesitan más de doscientas cincuenta horas de juego efectivo... cuando un videojuego común no toma más de cuarenta.

La clave de la adicción a este fenómeno parece estar, no en el juego mismo, sino en la comunidad en línea. Los que participan en *wow* crean amistades virtuales, noviazgos en *bits*

e incluso matrimonios que terminan trascendiendo la pantalla y entrando al mundo de lo real. Es famosa la anécdota de dos japoneses que se conocieron dentro del mundo de *Azeroth* —así se llama la tierra ficticia de *wow*—, se enamoraron vía internet y después se casaron, primero en una iglesia dentro de *Warcraft* (con todo y cura) y luego en una capilla de verdad. Esto podría ser prueba de que el mundo imaginado cobra validez en el instante en el que afecta, de forma directa, la realidad del jugador y pierde toda virtualidad. En ese sentido, quizás no haya juego más real que *World of Warcraft*.

Dentro de *Warcraft* no existen personas con nombre y dirección, ni existe Estados Unidos, ni México, ni Sistema Judicial, ni escuelas, ni oficinas, ni nada. Es más: divulgar información personal se ve como una ofensa para los demás jugadores. Dentro de *wow* nadie es lo que es... y, al parecer, el invento resulta de lo más grato: si Barry Wilson de Oklahoma se dedica por las mañanas a trajarinar cajas para una compañía constructora de Pittsburg, por las noches es Osangar, un humano hechicero perteneciente a la facción de Ne Kah Ne Tah y dedicado a la cacería de los dragones de Dustwallow Marsh. Me imagino que cuando juega y le preguntan a qué se dedica, Barry prefiere decir lo segundo a lo primero.

Y siete millones de suscriptores están con él. —

— DANIEL KRAUZE